

Dirección
y Administración:
Calle Madrid, 13
Pago adelantado.

EL CENTINELA

Suscripción:
dentro y fuera de
Ciudad-Rodrigo,
trimestre, UNA peseta

Periódico democrático independiente

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

A nuestros lectores

EL CENTINELA no se vende por la calle, á no ser en circunstancias excepcionales.

Los no suscriptores pueden adquirirlo en la Administración, calle de Madrid, 13, Casino Democrático

EL CENTINELA, como todos los periódicos, cobra adelantado una peseta al trimestre! y promete, bajo palabra de honor, no morir sin satisfacer sus deudas. Y conste que, cuando EL CENTINELA sale á la calle, no tiene más deuda que la contraída con el público.

Repetimos que solo en esta Administración se venden números sueltos, á 10 céntimos uno, y se reciben órdenes de suscripción.

Revolución latente

La Monarquía no se dá cuenta de la situación porque atraviesa España y los consejeros aparentan ignorar lo que se les echa encima.]

Creen que la pérdida de las colonias es ya un simple dato para la historia, sin más consecuencias que las ya pasadas.

Ciego será quien no vea en la pérdida de nuestras posesiones ultramarinas un poderoso acicate para un próximo estallido revolucionario.

Muchos se afanan en demostrar que á España le costaba mucho dinero y muchos hombres sostener la soberanía en Ultramar; pero esos que tanto han hablado sobre el mismo tema hablaban á priori y sin conocimiento de causa, ó de lo contrario hablaban con mala fé. Don Cristino Martos era uno de los que, allá por el año 88, sostenía estas teorías actuando de Quijote en el Congreso, cuando se volvió á hablar de la venta de Cuba á los Estados Unidos. En todo el orbe—decía el señor Martos—hay bastante dinero para comprar á España la Isla de Cuba; por que en Cuba está puesto el honor de mi Patria, y el honor de mi Patria no se vende.

En vida de Prim ofrecieron los Estados Unidos á España seiscientos millones de duros por la Isla de Cuba, cantidad más que suficiente para saldar nuestra deuda y disminuir las más abrumadoras cargas de la nación. Prim expuso la conveniencia de la venta y la hubiera llevado á cabo si no le salen al paso los patrioterías legendarios, descendientes todos ellos de la psta izquierda del caballo del Cid, como diría nuestro amigo don Juan Aparicio.

Más tarde desde el 88 al 90, la gran nación Americana volvía á insistir sobre la compra de Cuba, ofreciendo más de trescientos millones de duros. Sagasta se rascó la barba y medi-

tó. Tuvo algunas habilidades para plantear la cuestión, porque él veía en lontananza lo que nos iba á traer Cuba; mas surge la cuestión en el Congreso y la cosa volvió á quedarse en proyecto.

Se fantaseó mucho sobre lo que costaba á España la Perla del mar Caribe, la bella Cuba, como la llamó el general Salamanca: mucho argüían los patrioterías sobre lo que nos costaban las colonias; pero nosotros siempre hemos dicho que las colonias daban mucha vida á España y que la pérdida de ellas originará una revolución tremenda, que dará fin de la Monarquía y de sus consejeros.

¿De dónde sacaban los *ilustres próceres* que Cuba empeñaba á España?

Nosotros podemos demostrar que solo la región catalana exportaba para la Gran Antilla valor de más de 21 millones de duros cada año, y á este tenor, en el orden relativo, las demás regiones, y recogían un fruto considerable de Cuba, el cual nadie ha sido capaz de sustituir.

Por otro lado, la empleomanía que sostenían las colonias, hijos la mayor parte de España, ahora tiene que vivir á expensas de la madre Patria; y la madre Patria está exangüe, gracias á los malhadados gobiernos de la restauración borbónica

Con las rentas del Tesoro empeñadas, cuyos réditos ascienden á muchos millones de pesetas; las industrias paralizadas ó casi paralizadas, y sin apenas esperanzas de que puedan tomar incremento; el comercio arruinado y también sin esperanzas de levantarse; la agricultura despreciada y empobrecidos los agricultores; las contribuciones pesando inmensamente sobre el que menos tiene; el reparto injusto de esas contribuciones y el espíritu reaccionario de nuestros gobernantes, son causas bastante poderosas para asegurar que hay una revolución latente muy próxima á estallar.

Tenemos preludios de esta revolución que se impone. Ultimamente se han manifestado en Infiesto, Jumilla, Salamanca, Madrid y otros sitios. Veinticuatro víctimas se han inmolidado en estos sitios. En los albores de la revolución francesa hubo más. El cristianismo no se abrió paso mientras no se inmolaron muchas víctimas. Adelante, pues. Se progresa con rasgos de valor y de abnegación, no con mogigaterías y egoísmos mal entendidos.

GALERIA POLÍTICA

FOTOGRAFÍAS DE CANDIDATOS

Cada una 5 céntimos; por poco más se dan también los originales.

Cien veces ha intentado lo que (ahora y á la mitad quedóse del camino: hay algo en él de endeble y femenino, sin contar con su nombre de señora.

— Su apellido es muy corriente: es activo y es valiente: conforme á su pasión obra; esa es su falta y su sobra: debió llamarse Torrente.

— No hay quien le haya tratado que de él no esté encantado: es hombre amable y de bondades (lleno, tan cortés y tan bueno. que este es acaso su único pecado.

— Fabrica paños y conoce el paño: adore á su ciudad; teme al obrero; fué antaño Senador: lo será ogaño; tiene un mérito más: tiene dinero.

— Es una poquita cosa, y muy sosa; juega al automovilismo por lo mismo; nunca será el que más ande, aunque es grande.

— No temais que se desmande, porque hecho está de sal sosa; solo en que es poquita cosa, se le conoce que es grande.

— Dedicase á la cría de canarios, palomas, *cuis* y flores; sabe cosas antiguas y del día, y hay quíndice que sabe Economía ¿sabrá la que han de hacerle los (Doctores?

— Desde Madrid ha venido con muy serias pretensiones; por lo que es y lo que ha sido, espera de Roma-dones; es escritor muy pulido, y liberal... por acciones.

Un Candidito.

Preguntas y respuestas

—Tú, rico, ¿en qué piensas?
—En administrar y acrecentar mis riquezas.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Te parece poco?

—Yo creía que además de administrar y acrecentar tus riquezas, pensabas en algo moral, ¿ó crees que la moral no existe?

—Mi educación es maquiavélica y no me permite pensar seriamente en la moral.

—¿Qué juicio te merece la Humanidad?

—Ninguno, porque me es indiferente.

—Pues Maquiavelo juzgaba, ¿por qué tú no juzgas?

—Yo sí juzgo; pero juzgo en particular.

—¿Quieres, rico, manifestarme lo que juzgas de mí?

—Yo no exteriorizo mis juicios sobre nadie: lo que hago es resumir y sacar motes.

—Bien, ¿y con qué mote me calificas á mí?

—Con el de "fonto".

—No eres justo, porque el calificativo no se acopla al sujeto. Es más justo el calificativo que tú á mí me mereces. ¿Te lo digo?

—Sí.

—Malvado.

—¿Y por qué te merezco ese calificativo?

—Porque la Humanidad para tí es un mito en cuanto al deber que tienes para con ella, y la Humanidad para mí es el todo, si se trata de su trabajo y de su fruto para enriquecerme.

—Y así estoy muy bien y todo el mundo besa mis plantas, y las esclavas me deleitan...

—Sí; pero eso es vivir como los brutos

—¿Y dónde hay vida mejor?

—En el cielo.

—¿Qué es el cielo?

—Los lugares que Dios concede á las almas perfectas.

—¿Y cómo se va á esos lugares?

—Haciendo la vida que yo hago.

—¿Cómo es esa vida?

—De abnegación. Yo me sacrifico por el prójimo. Después de proporcionarme lo necesario para mis hijos y para mí, trabajo para los semejantes.

—Pero eso está bien en vosotros, que sois una raza inferior; nosotros no debemos trabajar, ni siquiera para nosotros: ¿qué sería entonces de la Humanidad esclava?

—Dejaría las cadenas de la esclavitud y entraría en la comunidad cristiana.

—¿Qué es eso de la comunidad cristiana?

—¿Tú no conoces á Cristo?

—Sé que fué un suicida...

—¿Por qué se dejó matar?

—Sí, por sostener no sé qué ideales.

—¿Luego tú crees que la felicidad suma está en la Tierra?

—No conozco otra.

—Pues bien bruto eres.

—¿Cómo?

—Que bien rico eres.

Sección libre

Sr. D. Rafael Valencia.

Muy Sr mio: Suplico á usted vea si el adjunto comunicado merece ser publicado en su ilustrado periódico EL CENTINELA. Si significa algo y merece su atención, le anticipa las gracias su atento servidor q. b. s. m.,

Arturo Portela.

**

COMUNICADO

No cabe duda que el triunfo alcanzado por los republicanos en la última contienda electoral, traerá indefectiblemente un fruto que alcanzará hasta este pobre distrito, dejado de la mano de Dios.

Ciudad-Rodrigo luchó contra el hijo más ilustre del pueblo y en favor de un forastero que no

ha hecho nada bueno por el pueblo. ¿Qué ventajas ha tenido esta heroica plaza de guerra desde la derrota sufrida por el insigne general Pando en aquellas célebres elecciones?

Ninguna.
Al contrario, visteis salir la Audiencia, el Regimiento y Depósito de reserva, el batallón del Príncipe, disminución del destacamento de Artillería; y no ha desaparecido la comandancia de carabineros, porque el ilustre general Pando se compadece de los males que afligen al pueblo que le vio nacer. Solo han quedado el Gobierno militar, y esto por causas que todos sabemos: por aquello de *ser plaza fuerte*, si no también había desaparecido, pues según están las cosas, el puesto del gobierno militar está en Salamanca.

Si en el terreno político hubiera luchado Ciudad-Rodrigo como luchó en la guerra de la Independencia, hoy recogería el fruto de su sacrificio y de su honra; hoy y siempre hubiéramos tenido un contingente militar poderoso: se hubiera unido ya el arrabal de San Francisco con la ciudad y algunas industrias se hubieran montado, porque al amparo de los medios de vida surge la industria y el comercio se fomenta. Pero, desgraciadamente, nada de esto hay.

La injusticia que se ha cometido con nuestro hermano, el ilustre general Pando, ha producido una herida mortal a Ciudad-Rodrigo; y por esa herida se sangra y se le agosta la vida. Nuestro pueblo sufre las consecuencias de aquella ceguera y desbordamiento de pasiones, puede imponerse mayor pena al pueblo que padece el mal de la esclavitud?

Se le han quitado todos los medios de vida y se le abandona en medio de un mar de discordias alimentadas por una oligarquía nefanda y asquerosa.

Las causas de nuestras desdichas ya debíamos haberlas visto; pero ya que no obramos con justicia a su debido tiempo, reconciliémonos y preparémonos a luchar por la defensa de nuestra ciudad; preparémonos sí, para luchar contra los causantes de nuestro empobrecimiento y de nuestras discordias suicidas.

Vamos a unirnos; fuera discordias, que nada bueno se alcanza con ellas; por el contrario, ensalzais a determinadas personas, que por todo premio os dan las mayores ingratitudes y convierten en viles vasallos.

Conseguiremos la unión, y después de esto luchemos por un político prestigioso y sano de corazón y de ideas, el cual nos traerá, por lo menos, lo que nos han quitado.

Despreciemos toda promesa imaginaria y vamos a lo positivo. Tenemos un Centro de Recreo donde poder cambiar impresiones y ponernos de acuerdo para lo porvenir: acudamos a este Centro a tratar de las bases de unión y del mejoramiento de Ciudad-Rodrigo.

Arturo Portela

Religión y Política

A mi desconocido y estimado

compañero D. Modesto Pérez,

No niego la posibilidad de que

un día sean una misma cosa las que ahora son dos muy distintas: ¡pero a qué distancia estamos de ello! Desde nuestro común y gran maestro que define la fé, como el don de creer lo que no vemos, hasta este su humilde discípulo, (no cabe mayor distancia), que la considera como la facultad de ver en las tinieblas, no hay quien no afirme el carácter individual, íntimo, subjetivo de la religión: la política es por el contrario, eminentemente objetiva: mientras que la fé necesita crear su objeto, el de la política se nos impone como una necesidad.

¡Distinciones formales esas!, se dirá en términos escolásticos: pero que trascienden de la esfera especulativa: la fé puede arreglar la vida: pero la de cada cual: para arreglar la de todos hay que apelar a la razón. Aspiramos a fidelizar la razón, y a racionalizar la fé: ¡enhorabuena! ¿y qué hacer mientras se consiguen? ¿podrán además, hacerlo todos, y en igual grado y forma? Si la conciencia ha de establecer la norma de conducta, habrá tantas normas como conciencias: de aquí la ley, que es como el dictado de la conciencia universal.

Si la religión y la política pudieron vivir confundidas, cuando lo estaban la moral y el derecho, y la religión misma no era más que moral, ¿cómo hemos de mantener confundidas esos dos órdenes, ahora que reducimos la fé a la categoría de una creación espiritual, a un sentimiento de lo divino? Esa confusión no puede revivir, por más que adopte nuevas y muy extrañas formas.

El amor, el amor a Dios constituye la esencia de la religión: sin duda; pero ni aun eso puede servir de norma en los actos sociales; por amor a Dios, y hasta por amor a los hombres. Calvino y Torquemada, tostaban en hogueras a los herejes de sus respectivas religiones: fundándose en el amor al prójimo, se han establecido en el mundo toda clase de tiranías, y se han cometido los más grandes horrores. No hay ya manera de determinar hoy por hoy, las relaciones sociales y públicas más que sobre esta base, la justicia, que acaso es el nombre más claro y comprensible que los hombres dan al amor.

Solo cuando lleguen los tiempos con que sueñan ciertos cándidos visionarios y a los que se refiere San Pablo; cuando vaya reviviendo en nosotros el hombre espiritual, y no sea necesaria otra ley que la interior, será el instante en que política y religión se fundan y amalgaman en un mismo y único sentimiento. Pero eso sucederá.... cualquier día de éstos; tan pronto como los hombres sean ángeles; lo cual no ha de tardar.

Cándido R. Pinilla



Principios de las Sociedades

Los primeros hombres, errantes en los bosques y en las ori-

llas de los ríos, empleados en la caza y en la pesca, rodeados de riesgos, asaltados de enemigos, atormentados por el hambre y los reptiles y acosados por las bestias feroces, debieron sentir su "debilidad individual"; y movidos de una "necesidad", común de "seguridad", y de un sentimiento "recíproco", de los mismos males, reunieron sus medios y sus fuerzas, y cuando uno corrió peligro, muchos le ayudaron y socorrieron; cuando careció de subsistencia, otro le dió una parte de la suya; y de este modo los hombres se asociaron para "asegurar", su existencia, aumentar sus facultades, proteger sus goces, y el "amor de sí mismo", fué el principio de la "sociedad".

Instruidos después por la prueba repetida de diversos accidentes, por las fatigas de una vida vagabunda, por las inquietudes de frecuentes hambres, entraron los hombres en cuenta consigo mismos y se dijeron: ¿por qué hemos de emplear nuestros días en buscar frutos esparcidos sobre una tierra estéril?

¿Por qué aniquilarnos persiguiendo brutos que suelen escapársenos en los bosques y los ríos?

¿Por qué no reunir bajo nuestra mano los animales que nos sustentan?

¿Por qué no aplicar nuestros cuidados a su multiplicación y defensa?

Nos alimentaremos entonces con sus productos; nos vestiremos con sus despojos y viviremos exentos de las fatigas del día y de los cuidados de lo futuro.

Y ayudándose unos a otros, cogieron el cabrito lijero, la oveja tímida, el camello paciente, el toro indómito, el caballo fogoso, y celebrando su industria, descansaron con alegría y comenzaron a gozar del reposo y de las comodidades y el "amor de sí mismo", principio de todo raciocinio, fué el motor de todas las artes y todos los placeres.

Así que los hombres pudieron pasar los días entregados al reposo y comunicándose sus ideas, dirigieron sobre la tierra, sobre los cielos y sobre su propia existencia las miradas de su curiosidad y de su reflexión; observaron el curso de las estaciones, la acción de los elementos, las propiedades de los frutos y las plantas y aplicaron su espíritu a multiplicar sus medios de gozar. Habiendo observado en algunas comarcas que ciertas semillas contenían en pequeño volumen una sustancia sana propia para poderse conservar y conducir a todas partes, imitaron el procedimiento de la Naturaleza, esparcieron sobre la tierra el trigo, la cebada y el arroz, que fructificaron a medida de sus esperanzas; y habiendo encontrado el medio de obtener en un "pequeño espacio y sin mudar de sitio, infinitas provisiones", construyeron casas estables y formaron aldeas y ciudades; se reunieron en pueblos y más adelante en naciones numerosas, y el "amor de sí mismo", produjo todo el desarrollo del ingenio y del poder.

De este modo, y con el único auxilio de sus facultades, ha sabido elevarse el hombre por sí propio a la asombrosa altura de su fortuna presente. Y hubiera sido muy dichoso, si, observan-

do escrupulosamente la ley impresa a su ser natural, llenase con fidelidad su único y verdadero objeto.

Pero, por una imprudencia funesta, habiendo unas veces desconocido y otras traspasado sus límites, se ha confundido en un laberinto de errores é infortunios; y el "amor de sí mismo, ya ciego, ya desarreglado", ha venido a ser un principio fecundo de calamidades.

Volney

Y ustedes ¿qué dicen?

Y díjoles: Mirad y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.

Y refirióles una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había llevado mucho; y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿qué haré que no tengo donde juntar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis alfolíes y edificarelos mayores; y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchos años: repósate, come, bebe, huélgate. Y díjole Dios: Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma; y lo que has prevenido, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro y no es rico en Dios. (Esto dice el evangelista San Lucas).

Mas nosotros decimos: Señor nuestro Jesucristo: la mayor parte de los ricos que aquí conocemos, siguen la misma tradición que ese prójimo de vuestra parábola: no saben qué hacer con sus heredades, con sus fabulosas rentas y hacen enormes alfolíes y almacenan cuantos frutos les dan los trabajadores pobres y compran más dehesas y más tierras para que todo sea suyo y los pobres no posean nada y le tengan que pedir a ellos, por favor, un pedazo de pan.

—Señor: ¿cuándo piden el alma de estos ricos?

Entonces dijo el Señor:

—No quieras saber cuándo será pedida el alma de los ricos, que solo piensan en almacenar riquezas; su día llegará y nuestro Padre celestial les pedirá estrecha cuenta de la inversión que han hecho de las riquezas.

Señor nuestro Jesucristo: también muchos de los que se llaman Tus ministros hacen como ese rico de Tu parábola y son más malos que Cain y no perdonan y persiguen de muerte al que los llama hipócritas y fariseos.

Y respondiendo Jesús dijo: En verdad, en verdad os digo, que esos que se dicen mis ministros y acumulan riquezas que la polilla y el orin las corroe y dicen con los labios lo que no siente el corazón, esos comparecerán ante el tribunal de Mi Padre y serán juzgados como hijos de Satán.

Bien Señor. Y ya que viniste al mundo a dar testimonio de la Verdad, ¿por qué no inspiras al pueblo bueno y trabajador y así se acabarían los caciques y los falsos ministros de la Religión.

Mas el Señor le dijo: El pueblo que trabaja y es bueno, inspirado está por Mi. Y los ministros falsos y ricos potentados, vivirán entre los buenos porque mandado está que han de purgar las almas para que limpias de toda imperfección ocupen puesto a la diestra de Mi Padre.

Señor, ¿y los ricos, luego, dónde van?

Y Jesucristo dijo: En la casa de Mi Padre hay muchos lugares.

¿Luego los caciques y los falsos ministros de la Religión van á la carbonera de Satán?

Sí, y sufrirán horriblemente.



La corneta y la campana

El cuartel y el convento están pared por medio.

En frente hay un herrero.

La corneta y la campana se entienden. Las ondas sonoras que de una y otra parten, son frases, son algo como el lenguaje de los pájaros.

Las golondrinas que revolotean junto al campanario, dicen algo que entienden los vencejos posados en los aleros de los tejados.

En todo son hay palabras; el hombre sólo entiende las suyas.

La campana y la corneta, cuando cesan sus obligaciones del día, se cuentan algo.

La corneta le dice á la campana:

—Yo toco á diana, á rancho, á revista, á la oración, á la retreta; yo represento la fuerza, la disciplina militar, las glorias de la guerra, el sostén de la patria. Tú eres cantora del quietismo, reloj del tiempo perdido, la invitación al rezo, la pereza que sueña...

La campana responde:

—Soy el dulce sonido que resuena en todos los cristianos corazones; invito á orar; recuerdo en el *Angelus* cada día que nace, cada tarde que muere: le enseño al caminante el fin de su jornada; cada sonido mío es un cántico á Dios.

La corneta replica:

—Todos tus ecos recuerdan que guardas soldados sin armas, fuerzas perdidas, ciudadanos que no trabajan, hombres inútiles para la tierra, que reclama sus brazos. Oye, cómo responden los soldados á mi voz: ya acuden, ya forman, ya van á salir con marcial gallardía; por ellos viven en paz tus frailes; ellos les guardan la casa, y, en tanto, tus obedientes subordinados bajan al coro á rezar maitines. ¡Vivan los soldados!

La campana voltea:

—Los soldados son la guerra, la destrucción, la sangre... Mis santos hermanos son la paz, la caridad, la creencia, la aspiración al cielo; toca, tú diana, mientras yo llamo á los santos varones á misa primera. Oye, oye cómo bajan rezando, olvidados del mundo, que es el peligro, el pecado, la pasión y la lucha. ¡Aquí no luchamos, creemos!

El herrero golpea el yunque; el martillo también habla, el martillo increpa:

—¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! ¡Callad, cornetas y campanas! ¡Oid, oid, oid el son de la vida y de la humanidad meritoria!

Vosotras sois cantoras de cosas pasadas: la guerra y la clausura. Ni una ni otra podeis cantar la libertad, porque sonais para siervos distintos, pero siervos todos. ¿De qué sirven unos y otros? ¿Qué labran, qué producen? Los unos preparados siempre á destruirlo todo, los destinados á no edificar nada. Ni éstos ni aquellos contribuyen á nada útil; unos son del estado, otros son del claustro ¡Estado! ¡Claustro! ¡Palabras huecas!

¡Oid, oid, oid! Este es el son del siglo, la voz de millones de héroes desconocidos, eternamente pobres, perdurablemente trabajadores.

¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! El sonido lo dice; soy el pan bien granado, con el sudor de mil millones de frentes.

¡Cornetas!... ¡Campanas! ¡Atrás! ¡Yo soy el pan; yo soy el trabajo!

Blasco.

CALLEJEO

Este es el pueblo de Villamelones —Sí, ya se vé; partido judicial del mismo.

—Eso es; y provincia ¿de...? Está borrao; no se vé. Provincia... de... de... Ma... Mastuerzos.

—¿A ver? Provincia de Mas-tu-er-zos.

—Concho, qué nombres. ¿Habrán puesto esto porque todos los de por aquí son unos mastuerzos y unos melones?

—Vete tú á saber.

—Pues sí; yo he de saber el por qué de estos nombres.

Y los dos interlocutores se internan en el pueblo preguntando por la casa correos y telégrafos.

—La casa de correos y telégrafos —contesta un villamelonense señalando con el dedo— está allí; pero ahora no vayan ustedes porque está *copá* la casa.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que es la hora del *apartaio* y es cuando entra allí todo zurruburi á mangonear.

—Pues si es así, entrando todo el mundo, también entraremos nosotros.

Es que no cabe más gente.

—En ese caso iremos á visitar á don Tirso de Cabra y Térano. ¿Conoce usted á este señor?

—¿No le he de conocer? Es el Mahoma del pueblo. Todo lo manda y todo lo sabe.

—Los misterios que encierran las cartas y los partes cifrados los descubre él desde la casa.

Dá prebendas á quien quiere y arruina á quien le da la gana. No hace nada bueno; y de los males que sufre el pueblo dice que él se lava las manos. Sí, él se lava las manos, no tiene culpa de nada, pero él es el que manda y el justo es crucificado. ¡Oh! Este Mahoma es muy grande.

—Allí vive.

—Nos habían dicho que tenía al distrito convertido en Jauja, que todos sus moradores vivían en perfecta armonía y que se ayudaban mutuamente con fraternidad cristiana.

—Les han engañado á ustedes; aquí no hay uno que se lleve bien ni con su madre. Solo se piensa en destruir; nadie piensa en crear ó en establecer la concordia. Le digo á ustedes que desde que Dios nos ha mandado este hombre para mecer en la cosa pública, no hay sosiego en ninguna casa.

—Siendo así no vamos á visitarlo; iremos á ver al Alcalde.

—Ahora está en sesión; pueden ustedes ir si así les place, como meros espectadores, hasta que la sesión termine; luego, el Alcalde recibe á todo el mundo y lo recibe muy bien, porque es un señor muy bueno, aunque algo flojo para aplicar la ley al caciquismo y al matutero en gordo...

—Sí, sí, vamos un rato á la sesión.

Entran nuestros dos personajes, dos charros de sano espíritu, trabajadores, honrados, los cuales disfrutaban de una posición económica desahogada, entran, decimos, en la casa ayuntamiento y toman asiento en la sala de sesiones. Su actitud es gráfica, pero digna. Para oír mejor ponen la mano en la oreja, haciendo tornavoz.

Un concejal se indigna y dirige estas palabras:

Señor Alcalde: usted y yo no podemos continuar en esta casa de culebrones y alimañas. Usted no tiene vergüenza ni yo tampoco, si estamos una hora más en este mentidero. Se nos acusa, señores, de defraudar el impuesto de consumos, se nos hace cómplices de nefandos chanchullos; se nos recrimina por la desaparición del Banco... unas 30.000 pesetas sin

haber justificado la inversión de esos miles de pesetas que había en su caja; se nos acusa de tener empleados de lujo y que no somos capaces de obligarles á que cumplan con su deber. Se nos moteja con la frase de «borragos del cacique.» Somos el ludibrio de toda persona recta: se dice que...

—¡Que se calle ese boceras! —interrumpe otro concejal con vistas al sol que más calienta, que se calle y no nos venga con esas monsergas motinescas.

El boceras será usted so tío chupón, que ha venido al Ayuntamiento á engrasarse y á hacer toda clase de papeles, menos el de administrador de los intereses del pueblo

—¡Señor Alcalde! —arguyó otro concejal de la mayoría— que se escriban esas palabras!

—¡Que se escriban, que se escriban! —contesta el público á coro

—Sí, que se escriban— repite el orador, —y allá van otra vez por si no las recuerdan— y el orador repite el párrafo entero.

Bien, bien, bravo! —grita el público lleno de entusiasmo— así se conducen los hombres de *verdá*.

El presidente agita la campanilla y vocea: ¡Orden, señores, orden!

Las voces no cesan y los insultos de banco á banco se repiten.

Ese concejal que me ha interrumpido llamándome boceras—grita el orador causante del aboroto—ese concejal que me ha llamado boceras es un usurero y un agiotista y lo que digo con la lengua lo sostengo con la garrota.

¡Fuera, fuera! —aullan los concejales de la mayoría— á la cárcel *atao* codo con codo!

—¡No, no—contesta el público, que siga en el uso de la palabra ó arde Troya!

El Alcalde se desgañita y no consigue imponer orden.

Los concejales se apostrofan y el público corea y amenaza con poner fuego á la cueva municipal.

Por fin el alcalde, logra un poco de silencio y dice: Señores concejales, permitid que os refiera un cuento que encaja aquí como anillo al dedo...

Murmullos de desaprobación en el público y signos de impaciencia entre los más caracterizados ediles.

Señor presidente—observa el edil que está en el uso de la palabra—no está la *Madalena* pa tafetanes. Pido que se me respete en el uso de la palabra.

Sí, sí, —grita el público— que hable, que hable el sincero concejal que prescinde de la paja y se va al grano.

Y continúa el orador:—Decía señores, ó queria decir que los fondos municipales se convierten en merienda de negros.

Vuelve á reproducirse el tumulto y enarbólanse las garrotas en señal de amenaza.

¡Fuera, fuera—gritan todos al unísono— á la calle, á la calle, á ver si hay pepete para repetir lo de Iufiesto.

Y el alcalde lleno de paterna desesperación exclama: Hijos míos, respetad un momento esta presidencia y escuchadme cuatro palabras.

Para el vocerío y el alcalde dice: Deponed vuestra actitud y no salgais á la calle. El pueblo siempre es carne de máuser cuando se pone fuera de la ley sin estar bien preparado para luchar contra los poderes constituidos. Teneis razón cuando os quejais de vuestros empleados; pero no son estos los medios que debeis emplear en la protesta. Venid conmigo y os ilustraré en los derechos del pueblo soberano.

La sesión se levanta y el despacho del alcalde se constituye en audiencia pública.

Nuestros dos anónimos personajes cambian una mirada de inteligencia y se retiran.

Ya en la calle dice el uno al otro: Sabes que ya me explico los nombres que leímos á la entrada del pueblo?

Toma. Pues yo tambien. Vámonos, vámonos de aquí.

Villamelones... provincia de Mastuerzos...

Noticias

Nos participan como cosa cierta, que don Justo Lorenzo y otro señor han tomado la fábrica de harinas y electricidad que fué de don Alejo Hernández.

Nos alegramos de esta adquisición y celebraremos mucho realicen muy buenos negocios los nuevos dueños de la mencionada fábrica. Don Justo Lorenzo tiene verdaderas simpatías en esta plaza, es persona muy activa é inteligente, y de esperar es que la fábrica en cuestión tome rumbos de prosperidad.

Ha dejado de pertenecer á la redacción de EL CENTINELA nuestro buen amigo don Modesto Pérez Hernández. Sentimos mucho la separación de tan digno compañero.

Los candidatos oficiales para las senadurías de esta provincia, son: el marqués de Yvanrey y vizconde de Garcigrande. Los puestos son cinco y probablemente serán ocupados (además de los señores citados) por los señores Concha Alcalde, Lafuente y Rodríguez Yagüe.

Seales la tierra leve.

Dice *El Adelanto*:

«Porque excitamos á *El Líbaro* á que razone las ventajas de la candidatura que patrocina, sobre la que defendemos nosotros, dice que esto es una provocación insensata.

Pues dese por provocado y ténganos por insensatos.

Tiene razón *El Líbaro*. Es una insensatez proponer una discusión razonada sobre ciertas cosas, por lo mismo de que *ciertas cosas* viven de no ser discutidas.

Señor Alcalde: la calle de Medina es un baldón de ignominia.

Que ¿por qué?

Porque lo es: Doctores tiene la Corporación que sabrán responder. Y nosotros, cuando llegue el caso.

Centro de Recreo.

El baile que para esta noche tiene anunciado esta digna sociedad de recreo y de instrucción, promete estar muy animado.

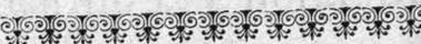
Siempre se han distinguido estos bailes, por las simpáticas jóvenes que á él acuden y por el orden y especial compostura que todos sus asociados observan.

El Centro de Recreo se sale de la rutina de otras sociedades aquí conocidas. ¡Lástima que no se compenetren bien de su objetivo todos sus asociados!



El Centinela

admite anuncios y suscripciones, calle de Madrid, número 13, «Casino Democrático».



Salamanca:

Imprenta á cargo de N. Almaráz Zamora, 19



